

sois el señor Juan. ¿Quién sois, pues? No me gustan estas cosas. Si no os conociese, os tendría miedo.

Continuaba viviendo en la calle del Hombre-Armado, porque no podía resolverse á alejarse del barrio donde habitaba Cosette.

Al principio no permanecía al lado de Cosette sino unos cuantos minutos, y luego se marchaba.

Poco á poco se fué acostumbrando á alargar sus visitas, como si también aprovechase la autorización de los días, que iban también creciendo.

Llegaba más temprano y se despedía más tarde.

Cierto día, Cosette le dijo maquinalmente:

—¡Padre!—y un relámpago de alegría iluminó el sombrío rostro de Juan Valjean.

—Llamadme Juan,—fué su única respuesta.

—¡Ah! es verdad,—dijo Cosette riéndose;—señor Juan.

—Eso, eso,—replicó aquel desgraciado, volviéndose para que ella no le viera enjugarse los ojos.

III

UN RECUERDO DEL JARDÍN DE LA CALLE PLUMET

Fué la última vez. Después de aquella claridad, verificóse la extinción absoluta. No más familiaridad, no más buenos días acompañados de un beso, no más esa palabra tan dulce:—¡Padre mío!

Veíase, pidiéndolo él mismo, despojado sucesivamente de todas sus felicidades; y su mayor miseria consistía en que, después de haber perdido á Cosette de golpe en un solo día, le era preciso perderla ahora otra vez paso á paso.

La vista acaba por habituarse á la obscuridad de una habitación. La aparición de Cosette todos los días: ¿qué más necesitaba? Concentrábese su existencia en aquella hora, empleándola en estar sentado junto á ella, en mirarla sin despegar los labios, ó bien en hablarle de los años transcurridos, de su infancia, del convento y de sus amiguitas de otra época.

Una tarde... Era uno de los primeros días de abril, en que el calor alterna con la frescura. El sol desplegaba aún toda su pompa; los jardines, que circuían las ventanas de Mario y de Cosette, experimentaban la emoción del despertar, la ogiacanta iba á florecer, los alelíos adornaban las viejas paredes, las bocas de jobo sonreían en las hendiduras de las piedras,

empezaban á asomar entre las hierbas las belloritas y los ranúnculos, las mariposas blancas del año salían á la escena, y el viento, ese trovador de la eterna boda, ensayaba en los árboles el prelude de la gran sinfonía matinal que se llama la primavera.

Mario dijo á Cosette:

—Hemos ofrecido hacer una visita á nuestro jardín de la calle Plumet. Vamos, pues. No debemos ser ingratos.

Y volaron como dos golondrinas en busca del cielo primaveral.

El jardín de la calle Plumet les producía el efecto del alba. Tenían ya detrás de sí, en la vida, algo que era como la primavera de su amor. La casa de la calle Plumet pertenecía aún á Cosette, por no haber concluído el plazo del arriendo. Allí, los recuerdos del pasado les hicieron olvidar el presente.

Cuando obscurecía, á la hora de siempre, Juan Valjean fué á la calle de las Monjas del Calvario.

—La señora ha salido con el señor barón, y aún no ha vuelto,—le dijo Vasco.

Sentóse en silencio y esperó una hora.

Cosette no volvía.

Bajó la cabeza y se marchó.

Hallábase Cosette tan embriagada con aquel paseo á «su jardín», y tan contenta de haber «vivido un día en lo pasado», que la tarde siguiente no habló de otra cosa. Ni siquiera advirtió que no había visto á Juan Valjean.

—¿Cómo habéis ido?—le preguntó éste.

—A pie.

—¿Y cómo habéis vuelto?

—En un coche de alquiler.

Juan Valjean observaba hacia algún tiempo la estrechez con que vivían los esposos, y esto le indujo á cavilar.

La economía de Mario era rigurosa, y Juan Valjean tomaba esta palabra en sentido absoluto.

Aventuró una pregunta:

—¿Por qué no tenéis coche propio? Una bonita berlina no os costaría más de quinientos francos al mes. Sois ricos.

—No sé,—respondió Cosette.

—Lo mismo ha sucedido con la tía Santos,—continuó Juan Valjean.—Se ha ido y no la habéis reemplazado. ¿Por qué?

—Basta con Nicolasa.

—Pero no tenéis doncella.

—¿No tengo á Mario?

—Casa propia, criados, carruaje, palco en la ópera, todo esto deberíais poseer, pues nada es demasiado hermoso para vos. ¿Por qué no sacar provecho de la riqueza? Seríais doblemente dichosa.

Cosette no respondió nada.

Las visitas de Juan Valjean no se abreviaban, antes por el contrario.

Cuando el corazón es el que se desliza, nada hay que detenga al hombre en la pendiente.

Siempre que Juan Valjean deseaba prolongar su visita y hacer olvidar la hora, escogía por tema de la conversación el elogio de Mario, encontrándole guapo, noble, valeroso, lleno de ingenio, elocuente, bueno. Cosette encarecía y Juan Valjean volvía á empezar, sin que se agotase nunca el asunto. Había volúmenes enteros en estas cinco letras:

Mario.

Obrando de esta suerte lograba Juan Valjean permanecer allí bastante tiempo. ¡Le era tan dulce ver á Cosette y olvidar todo á su lado! Unica medicina para su llaga. Varias veces tuvo Vasco que repetir este recado:—El señor Gillenormand me envía á recordar á la señora baronesa que la sopa espera en los platos.

Cuando sucedía esto, Juan Valjean se marchaba muy pensativo.

¿Había, pues, algo de verdad en la comparación de la crisálida que se le ocurrió á Mario? ¿Era en efecto Juan Valjean una crisálida persistente en visitar á su mariposa?

Un día se quedó más tiempo aun de lo que acostumbraba estarse otras veces. Al día siguiente notó que no había lumbre en la chimenea; y para explicar esta falta, hizo la reflexión de que, hallándose en abril, los frios habían cesado.

—¡Dios mio! ¡qué frío se siente aquí!—exclamó Cosette al entrar.

—¡Cá!—dijo Juan Valjean.

—¿Sois vos el que habéis dado orden á Vasco de que no encienda?

—Sí. Pronto va á llegar mayo.

—Pero si se pone lumbre hasta junio. Y en esta cueva se necesita todo el año.

—Me ha parecido que era inútil.

—¡Una de tantas rarezas!—respondió Cosette.

Al otro día no faltaba la lumbre; pero los dos sillones estaban colocados en el extremo opuesto de la sala, cerca de la puerta.

—¿Qué significa esto?—pensó Juan Valjean.

Tomó los sillones y los puso en el sitio de siempre, junto á la chimenea.

Reanimóse un poco al ver de nuevo la lumbre, y prolongó la visita más de lo regular. Cuando se levantaba para irse, le dijo Cosette:

—Mi marido me propuso ayer una cosa que me ha hecho mucha gracia.

—¿Cuál?

—Me dijo: Cosette, tenemos treinta mil francos de renta, veintisiete mil tuyos, y tres mil que me ha asignado mi abuelo.—Treinta mil, bueno, le contes-

té, ¿y qué?—¿Te atreverías á vivir sólo con los tres mil? me preguntó.—Sí, le respondí, y con nada también, siempre que sea á tu lado. Le pregunté á mi vez luego:—¿Por qué me dices eso? Y contestó:—Para mi gobierno.

Juan Valjean no pronunció una palabra. Cosette aguardaba de él probablemente alguna explicación; pero la oyó sumido en lóbrego silencio. Marchóse á la calle del Hombre-Armado, siendo tal la absorción de su entendimiento, que equivocó la puerta, y en lugar de entrar en su casa, entró en la casa vecina, no advirtiéndolo hasta que llegó al piso segundo.

Empezó á hacer conjeturas. Era evidente que Mario tenía duda acerca del origen de los seiscientos mil francos y que alimentaba temores sobre la pureza de su procedencia. ¿Quién sabe? Tal vez hubiese descubierto que provenían de él, de Juan Valjean, y le repugnase aceptar una riqueza sospechosa; prefiriendo vivir pobres á disfrutar de un caudal que suponía mal adquirido.

Además, Juan Valjean empezaba á conocer vagamente que le despedían.

Al día siguiente experimentó al entrar en la sala baja como un sacudimiento. Los sillones habían desaparecido. No se veía una silla siquiera.

—¿Qué es esto?—dijo Cosette cuando entró,—no hay sillones. ¿Dónde están los sillones?

—Se los han llevado,—respondió Juan Valjean.

—¡Pues esto pasa de raya!

Juan Valjean balbuceó:

—Yo he dicho á Vasco que se los lleve.

—¿Por qué?

—Porque no voy á estar más que un momento.

—No es razón para pasarlo en pie.

—Se me figura que Vasco necesitaba los sillones.

—¿Para qué?

—Para el salón. Tendréis gente esta noche.

—A nadie.

Juan Valjean no pudo articular una palabra más. Cosette se encogió de hombros.

—¡Hacer quitar los sillones! No os bastaba con la supresión de la lumbre. ¡Qué raro sois!

—Adiós,—murmuró Juan Valjean.

No, dijo:—Adiós, Cosette; pero le faltaron fuerzas para decir:—Adiós, señora.

Salió abrumado de dolor.

Esta vez había comprendido.

Al día siguiente no fué. Cosette no lo notó hasta la noche.

—¡Vaya!—dijo:—el señor Juan no ha venido hoy.

Sintió como una ligera opresión de corazón; pero un beso de Mario la distrajo en seguida.

Tampoco fué al otro día.

Cosette apenas se cuidó de ello; pasó bien la velada, durmió perfectamente, como tenía de costumbre, y sólo al levantarse pensó en aquella ausencia.

¡Era tan dichosa!

Envió á Nicolasa á casa del señor Juan para saber si estaba enfermo y por qué no había venido la víspera.

Nicolasa trajo la respuesta del señor Juan.

No estaba enfermo, sino muy ocupado. Ya volvería, y pronto, lo más pronto que le fuera posible. Le avisaba que iba á emprender un viajecito, costumbre antigua suya, como la señora no ignoraba, concluyendo por suplicarle que depusiera todo temor y que no pensase en él.

Nicolasa, al entrar en casa del señor Juan, le había repetido las mismas palabras de su ama. «La señora enviaba á saber por qué el señor Juan no había ido la víspera.»

—Hacé dos días que no he ido,—observó Juan Valjean con dulzura.

Pero Nicolasa no comprendió el sentido de la observación y nada dijo á Cosette.